

SI MI BIBLIOTECA ARDIERA ESTA NOCHE

ALDOUS HUXLEY

SI MI BIBLIOTECA  
ARDIERA ESTA NOCHE

Ensayos sobre arte, música,  
literatura y otras drogas

Selección, prólogo y traducción de  
MATÍAS SERRA BRADFORD



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: Selección de *Complete Essays of Aldous Huxley*  
edited by Robert S. Baker and James Sexton

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa basado en un diseño de Pepe Far

Primera edición: marzo de 2015

Edición exclusiva para México

© 2000, 2001 y 2002 by Ivan R. Dee, Publisher. All rights reserved,  
including the right to reproduce this book or portions thereof in any form.  
The Publisher gratefully acknowledge the assistance and support of the Estate  
of Aldous Huxley in preparing the Complete Essays.

© de la selección, traducción y prólogo: Matías Serra Bradford, 2009

© de la presente edición: Edhasa, 2009

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-84-350-1095-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,  
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía  
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler  
o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si  
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B. 4241-2015

Impreso en España

# Índice

## ALDOUS HUXLEY, EL ADELANTADO

A modo de nota preliminar	13
---------------------------	----

## SOBRE EL ARTE DEL ENSAYO

<i>¿Qué es un ensayo?</i>	29
<i>Prefacio a los Ensayos completos</i>	33

## SOBRE DROGAS

<i>Un mundo feliz revisitado</i>	41
<i>Drogas que moldean la mente de los hombres</i>	51
<i>Un tratado sobre las drogas</i>	67
<i>Extracto de opio</i>	71

## SOBRE LITERATURA

<i>La lectura, el nuevo vicio</i>	77
<i>Bibliofilia</i>	81
<i>Demasiados libros</i>	85

<i>Ficción y realidad</i>	89
<i>Los mejores cien libros</i>	93
<i>Best-sellers</i>	97
<i>Proust y los best-sellers</i>	99
<i>Proust: el método del siglo XVIII</i>	103
<i>Balzac y la historia social</i>	109
<i>Baudelaire</i>	113
<i>El autor de Victorianos eminentes</i>	137
<i>Edward Thomas</i>	141
<i>Edward Lear</i>	147
<i>La importancia del genio cómico</i>	151
<i>Una palabra acerca de Dylan Thomas</i>	157
<i>El genio</i>	161
<i>El crítico en el pesebre</i>	171
<i>La literatura y los exámenes</i>	179
<i>Libros para el viaje</i>	185
<i>La redacción de cartas</i>	191
<i>Si mi biblioteca ardiera esta noche</i>	195

#### SOBRE ARTE

<i>El arte y la vida</i>	205
<i>La difusión del arte mediocre</i>	213
<i>El arte y el crítico</i>	221
<i>Arte y religión</i>	229
<i>Los retratos de Augustus John</i>	235
<i>La realeza y una caricatura</i>	241
<i>Garabatos en el diccionario</i>	249
<i>La sinceridad en el arte</i>	259
<i>Brueghel</i>	265
<i>Variaciones sobre El Greco</i>	279
<i>Variaciones sobre Goya</i>	295
<i>Paisajes sin pintar</i>	309

## SOBRE MÚSICA

<i>Los misterios de la música</i>	323
<i>La crítica musical</i>	327
<i>La cuestión de la forma</i>	331
<i>El intérprete y el creador</i>	335
<i>Música literaria</i>	339
<i>Música en un museo</i>	343
<i>La música y la política</i>	347
<i>Música mediocre</i>	351
<i>Brahms</i>	355
<i>Los cuartetos de Beethoven</i>	359
<i>El Beethoven de Thayer</i>	363
<i>Busoni, una vez más</i>	367
<i>Bach y Händel</i>	371
<i>Lo bárbaro en la música</i>	375
<i>Notas sobre un pianista y sobre los pianos</i>	379
<i>Un programa de Mozart</i>	383
<i>Un concierto de Orlando Gibbons</i>	387
<i>Delius y la emoción de la naturaleza</i>	391
<i>Concurrir a la ópera</i>	395
<i>Los clubes de música</i>	399
<i>Cherubini, forma y emoción</i>	403
<i>Los madrigales y la música programática</i>	407
<i>Gesualdo: Variaciones sobre un tema musical</i>	411
<i>Conversación con Stravinski</i>	433
<i>Libros sobre música</i>	437
<i>El cumpleaños de Brahms</i>	441

# ALDOUS HUXLEY, EL ADELANTADO

## A modo de nota preliminar

La profecía parece hoy, en retrospectiva, un oficio anacrónico para el siglo XX. Se trata de una ocupación más conveniente para tiempos lejanos, apenas amanecidos, épocas primerizas. Aldous Huxley no ejerció esa destreza, contra lo que pueda pensarse, con deliberación. No obstante, entre escritores y pensadores del siglo XX, resultó ser uno de los visionarios más perspicaces y certeros. Es en especial en *Un mundo feliz*, *Las puertas de la percepción* y en sus ensayos sobre drogas —que resultan también ensayos sobre política y economía— donde se perciben las dotes de Huxley para realizar diagnósticos y arriesgar vaticinios. Como señaló el novelista J.G. Ballard: «Toda su vida, Huxley se vio impulsado por la necesidad de comprender el misterio de la conciencia humana, y la búsqueda lo llevó del misticismo cristiano a las religiones de Oriente y a las seudorreligiones de California. De un modo inusual para un intelectual, de su época o de la nuestra, Huxley estaba intensamente interesado en la ciencia, y gran parte de su original trabajo se encuentra en la frontera entre la religión, el arte y la ciencia... Fue un guía del futuro más agudo que cualquier otro novelista del siglo XX. El peor destino para un profeta es que sus predicciones se vuelvan realidad».

En *Un mundo feliz*, Huxley anticipó muchas de las contingencias que caracterizarían el estado del mundo décadas más tarde, pero también a nivel personal dispensó otras adivinaciones, involuntarias y de pareja infelicidad. Cuando redactó el artículo «Si mi biblioteca ardiera esta noche», en 1947, nunca podría haber esperado —como no le deseó al planeta el futuro que presagiaba en aquella novela— que en su biblioteca de Los Ángeles terminaría prendiéndose fue-

go casi quince años más tarde. La noche del 12 de mayo de 1961, se incendiaría la casa californiana de Aldous Huxley, destruyendo todos sus volúmenes, gran parte de su correspondencia y valiosos manuscritos. Esos estantes no sobrevivieron pero sí perduran otros, con cuantiosos libros del propio Huxley. La supervivencia de un trabajo literario es una predicción científica cuya fórmula secreta ni Huxley ni Orwell podrían haber descubierto, pero en el presente una parte no escasa de su obra sigue disponible en innumerables idiomas. Lo señaló el mismo Huxley, por otra parte, en un ensayo sobre Baudelaire: «La reputación tiene una extraña vida propia, sobre la que el sujeto en cuestión tiene poco o ningún control».

Aldous Huxley descendía de dos eminentes familias victorianas y de cada una heredó la pasión por la ciencia, en un caso, y la devoción por las letras, en el otro. Hijo de Leonard Huxley (hijo y biógrafo del científico Thomas Huxley) y de Julia Arnold (la sobrina de Matthew Arnold), nació en Inglaterra en 1894 y murió en Estados Unidos en 1963. Un victoriano rezagado, Huxley terminaría siendo uno de los primeros vecinos del siglo XXI: viajar en el tiempo nunca presentó para él una dificultad.

A los dieciséis años, una ceguera transitoria diezmó su vista por el resto de su vida. Ese revés nutrió una tenacidad que no lo abandonaría. A pesar de ser una de las personas más famosas del mundo, Huxley no cejó jamás en su afán por ganarse la vida con las letras. El índice onomástico de la estupenda biografía de Huxley que escribió su amiga Sybille Bedford se lee como la guía telefónica de la élite intelectual del siglo XX.\* Un mapa paralelo al de sus mudanzas y viajes interminables puede trazarse siguiendo su relación con D.H. Lawrence, E.M. Forster, T.S. Eliot, Cyril Con-

\* «La fama de Aldous Huxley siempre me ha parecido excesiva. Entiendo que su literatura es de aquellas que se producen con naturalidad en Francia y con algún artificio en Inglaterra», escribió con automática aspereza Jorge Luis Borges, a pesar de que antes había manifestado, acerca de la «dinastía de los Huxley», que contribuyen a la tradición «interrogando al mundo, sin otro compromiso que el de la probidad de su método. Eso debe ser la tradición: un instrumento, no la perpetuación de unos malhumores.»

nolly, Rose Macaulay y Victoria Ocampo, Igor Stravinski y Charles Chaplin. Huxley se alejaba de Inglaterra, según Bedford, debido a «un instinto que le indicaba que funcionaba mejor donde realmente no pertenecía; le convenía la libertad del forastero; como muchos ingleses e inglesas idiosincráticos y distinguidos eligió vivir en el extranjero sin perder una anglicidad esencial». Fue en California donde trató con frecuencia a Stravinski y donde Robert Craft observó que las «dos cualidades más prominentes de Huxley son la claridad y, al mismo tiempo, la credulidad, y ambas conforman un extraño equipo».

Alto y delgado, Huxley caminaba con paso lento. («Demasiado alto. Sentía una enorme separación zoológica de él», decía el también emigrado Christopher Isherwood, con quien escribió un guión en colaboración.) En su vestimenta, solía ser informal pero sin renunciar a la elegancia. Comentaba Cyril Connolly: «Se vestía como un dandi argentino que va y viene de Oxford a Roma». Hay un lado sociable de Huxley, cortés, extremadamente amable, y un lado frío, impersonal (como el que se ve —se lee— en su correspondencia). Huxley no era posesivo ni celoso de Maria, su mujer belga, que eventualmente sería miembro de un círculo que conformaban en Hollywood lesbianas de renombre como Marlene Dietrich y Greta Garbo. Sin embargo, como nos recuerda Anthony Powell, en el fondo Huxley era un puritano. Sybille Bedford confirma esta opinión, subrayando que «como su madre, Aldous poseía una invisible autoridad moral. Había cosas que uno no hacía, no quería hacer, en su casa, en su presencia». Pero Huxley no se consideraba un fiscal ni creía en la moralina: «La indignación moral, por supuesto, es algo de lo que siempre hay que desconfiar, ya que en parte o en todo se presenta como la manifestación simulada de alguna innoble pasión». Absolutamente comprometido con cada tarea o asunto entre manos, siempre dejaba un resquicio para no tomarse del todo en serio: «Estoy a favor de clavar alfileres en los traseros episcopales». De un voltaje espiritual con escasos pares en

la literatura del siglo XX, Huxley no creía en lo sacrosanto: cualquier tema era dable de ser diseccionado analítica e intuitivamente a la vez. Había, sí, dos principios no negociables: uno debe educar a sus hijos y uno no debe endeudarse.

El retrato de Huxley por él mismo se limita a tres líneas: «Soy un intelectual con cierto talento para el arte literario, físicamente delicado, desprovisto de emociones muy fuertes, no muy interesado en actividades prácticas e impaciente con la rutina». Es en la vida de Huxley que cuenta Bedford, precisamente, donde se hacen evidentes dos de sus preocupaciones centrales, cómo vivir y cómo vivir mejor. El propio Huxley estaba interesado en la escritura biográfica, como lo prueban sus libros *Eminencia gris* y *Los demonios de Loudon* y numerosos ensayos. En cierta manera, también se anticipó a las virtudes de su biógrafa cuando en otro contexto señaló: «Si se puede imponer orden a una cantidad compleja de material, tal como era capaz de hacer Shakespeare, esto me parece una forma de arte intrínsecamente superior».

Para quien no tenga tiempo de abordar una biografía de más de setecientas páginas, el mejor atajo a Huxley —como a tantas otras cosas— lo procura Isaiah Berlin, en un ensayo incluido en *Impresiones personales*. Berlin lo define como un emancipador intelectual, «que jugaba con las ideas con tanta libertad, tanto júbilo, tanto virtuosismo». Según Berlin, el autor de *El tiempo debe detenerse* hablaba con un tono bajo y monótono, «con serenidad y desarmante sinceridad, con mucha sencillez. No había malicia y sí una muy leve ironía consciente en su conversación, tan sólo la más tenue y benévola burla, pero de la índole más inocente». Berlin acentúa en cierta manera las dos fases de la vida y la obra de Huxley, que resume así: «La figura grave, noble, humana y tolerante de los años cuarenta y cincuenta inspiró respeto y admiración universales. Pero el poder transformador —el impacto— fue el del anterior Huxley, “cínico”, negador de Dios, objeto de temor y desaprobación en padres y maestros, el perverso nihilista cuyos pasajes sinceros, delicadamente sentimentales —especial-

mente acerca de la música— eran devorados en su totalidad y con deleite por aquellos jóvenes lectores que creían estar permitiéndose uno de los vicios más peligrosos y exóticos de la iconoclasta época de posguerra». Más adelante, Berlin define a Huxley, como suele decirse, de pies a cabeza: «Fue un humanista en el sentido más literal y honorable de esta palabra, de la que tan atrocemente se ha abusado... Tenía una causa y la servía. La causa era hacer ver a sus lectores, científicos y laicos por igual, las conexiones, hasta entonces inadecuadamente investigadas y descritas, entre regiones artificialmente divididas: físicas y mentales, sensuales y espirituales, internas y externas... Con esa singular sensibilidad hacia los contornos del futuro que a veces poseen los artistas impersonales, fue el heraldo de lo que seguramente será uno de los grandes avances de este siglo y del próximo: la creación de nuevas ciencias psicofísicas, de descubrimientos en el ámbito de lo que en la actualidad, por falta de un término mejor, llamamos las relaciones entre cuerpo y espíritu». Para concluir, antes de que el lector se retire de la sala con una imagen distorsionada, Berlin advierte: «El cuadro que he tratado de pintar puede dar la idea de que Huxley, con todas sus nobles cualidades (como algunos hombres muy buenos y escritores talentosos), tenía en su persona algo aburrido, de predicador. Pero esto no fue así en las pocas ocasiones en que me encontré con él».

Aldous Huxley murió de cáncer de lengua, el mismo día del año 1963 que asesinaron a John F. Kennedy, no sin antes solicitar que se le administrara una última dosis de LSD, en uno de los actos más osados e impenetrables de que se tenga memoria.

## Genio y figura

Las primeras novelas de Huxley —*Crome Yellow*, *Antic Hay* y *Those Barren Leaves*— eran ejercicios magistrales de ingenio, comedias de enredos herederas de Thomas Love Peacock y Ronald Firbank. Sus

ficciones posteriores, y no podemos negarle a Edmund Wilson su cuota de verdad en este sentido, son, en diverso grado, novelas un tanto disecadas. Hugh Kingsmill las tildó de «magisteriales». Cyril Connolly estaba convencido de que nadie desde Chesterton había malgastado tanto su talento. «Era esa rara clase de novelista, un hombre de ciencia frustrado», afirmaba Anthony Powell. (El coro de voces citadas resulta vital para una mejor comprensión del radio de influjo, espacial y temporal, de la literatura de Huxley, a esta altura incalculable.) El propio Huxley reconocía que no pensaba en sí mismo «como en un novelista congénito». No será el único caso en que un escritor resultó mejor ensayista que novelista. Excepto por sus primeras novelas y *Un mundo feliz*, el consenso general es que Huxley demostró que su forma natural es el ensayo. En la literatura anglosajona, se ve respaldado e impulsado por una profunda tradición, la que cultivaron sin igual Samuel Johnson, Samuel T. Coleridge, Charles Lamb, Thomas De Quincey y Matthew Arnold, y más acá E.M. Forster, Virginia Woolf, Lytton Strachey y Max Beerbohm, entre otros. Ya a mediados del siglo XX, Huxley representaba «el mito del hombre que lo sabía todo», según Clive James. La variedad temática y expresiva de sus ensayos constituye la prueba irrefutable. En el mundo de habla hispana habría que ir en busca de un Borges o un Alfonso Reyes para hallar semejante vuelo en curiosidad y gracia. Es otra vez Clive James quien da en el clavo cuando confiesa que leer en secuencia los ensayos de Huxley «es como inscribirse en la universidad soñada». Lo que nunca deja de asombrar en ellos es el modo en que puede abordar con infinita exquisitez la obra de un Edward Lear o un Ferruccio Busoni con el mismo empeño y sagacidad que utiliza para dilucidar las peores atrocidades que la realidad le plantó frente a los ojos.

La edición de los ensayos completos de Aldous Huxley en la que se basó esta selección es la de *Complete Essays*, publicada por la editorial Ivan R. Dee, impresa de los años 2000 a 2002 y coordinada por los especialistas Robert S. Baker y James Sexton. Esa

edición está organizada cronológicamente, y dentro de cada volumen —son seis— se ordena por temas. Además, desde luego, de arte, música y literatura, los ensayos se reúnen bajo la rúbrica de religión y ciencia, historia, política y crítica social, arquitectura, viajes y filosofía. Las drogas, en tanto que asunto aparte, no reciben una sección específica. El generoso espectro de obsesiones y preocupaciones sugiere, desde luego, otras selecciones posibles y hasta deseables. La selección aquí incluida es, por ende, un recorte parcial, ya que no sólo no abarca la totalidad del abanico temático, sino que dentro de cada ítem se incluye sólo parte de la totalidad de los artículos reunidos en la mencionada edición norteamericana. Un detalle por demás interesante es la fecha de publicación de cada artículo —reproducido al término de cada pieza—, ya que proporciona una idea del contexto histórico en que fue escrito, subrayando el grado de agudeza anticipatoria o atemporal de Huxley y el trayecto que acomete su escritura.

La necesidad de un volumen como el que presentamos se veía, curiosamente, augurado en uno de los ensayos aquí incluidos, escrito hace más de medio siglo: «El mundo del siglo XX acarrea una enorme carga de conocimiento científico, histórico, literario y psicológico, demasiado grande para ser absorbido por cualquier individuo, y que se expande día a día con una rapidez demencial. La existencia de este gigantesco corpus de conocimiento moderno es la causa de que mentes curiosas se vean arrastradas por infinitas distracciones. En los tiempos de Wordsworth, con horizontes más cercanos y angostos, era mucho más fácil concentrarse; más fácil aprender a juzgar correctamente, a distinguir entre lo valioso y lo inútil». Tal vez, *Si mi biblioteca ardiera esta noche* añada su grano de arena en este sentido y acuda a satisfacer la exigencia de aquellos alentados por una curiosidad insaciable, que se inclinan por el aprendizaje informal y creen en el conocimiento como dispositivo clave para hacer frente a las inclemencias de lo cotidiano: «Juzgar correctamente fue arduo en toda época; en toda época exigió un pensamiento

riguroso y un extenso intercambio con los mejores modelos. La multiplicación de la cantidad y tipos de libros sobre los que debemos juzgar hoy vuelve las distinciones mucho más arduas para nosotros que para nuestros padres. Debemos pensar con más rigor y pasar más tiempo con los modelos supremos. Pero, en efecto, esta misma multiplicación de libros nos obliga a estar menos tiempo con estos modelos y a pensar con menos rigor. Lo mismo que vuelve más ardua la distinción es lo que vuelve casi imposible el medio de adquisición de juicio». Es uno de los vigorosos atributos de libros misceláneos de este calibre, justamente, el de funcionar como brújula en un mundo que se vuelve cada día menos estable, más abrumador.

### La lectura y otras adicciones

Habrà momentos en que la lectura de *Si mi biblioteca ardiera esta noche* nos hará creer que estamos leyendo a un analista político del periódico de la mañana. Permitámonos, al modo de Huxley, predicar con el ejemplo y citar estas líneas escritas en 1956: «Con sus cincuenta y siete variedades de dioses tribales, el nacionalismo es la religión del siglo XX. Podemos ser cristianos, judíos, musulmanes, hindúes, budistas, confucianos o ateos; pero el hecho que persiste es que hay una sola fe por la cual grandes masas de nosotros están preparadas para morir y matar, y esa fe es el nacionalismo. Que el nacionalismo seguirá siendo la religión dominante de la raza humana por los próximos dos o tres siglos parece como mínimo muy probable. Si la guerra nuclear total se evita, podemos esperar encontrarnos, no con el surgimiento de un único Estado mundial, sino con la prolongación, en peores condiciones, del sistema actual, bajo el cual los Estados nacionales compiten por los mercados y las materias primas y se preparan para guerras parciales. La mayoría de estos estados serán probablemente dictaduras. Inevitablemente, porque la presión en aumento sobre los recursos volverán más arduas

las condiciones internas y la competencia internacional más intensa. Para prevenir la quiebra económica y para reprimir el descontento popular, los gobiernos de los países pobres estarán tentados de ejercer controles cada vez más estrictos. Es más, la mala alimentación reduce la energía física y estorba la mente. El hambre y el autogobierno son incompatibles. Aun en los lugares donde la dieta promedio provee tres mil calorías por día, es harto difícil hacer funcionar la democracia. En una sociedad donde la mayoría de sus miembros viven con setecientas a dos mil calorías por día, es simplemente imposible. Los mal alimentados serán siempre gobernados, desde arriba, por los bien alimentados(...) Pero donde hay muchas dictaduras nacionales en competencia, cada una con problemas internos y cada una alistándose para una guerra total o parcial con su vecino, se empieza a preferir golpear más que a quedarse sentado, se prefieren los puños como herramienta política, en lugar del cerebro y la “virtuosa inactividad –para citar la frase inmortal de lord Salisbury– de las nalgas”».

Y hay más. La actualidad de lo que Huxley detecta y precisa, su aplicabilidad al presente de cualquiera de los cinco continentes, es por momentos escalofriante: «En el presente, el dinamismo de las ideas totalitarias es mayor que el de las ideas liberales y democráticas. Esto no se debe, por supuesto, a la superioridad intrínseca de las ideas totalitarias. Se debe en parte al hecho de que en un mundo donde la población supera cada día más a los recursos, mayores medidas de control gubernamental se vuelven necesarias, y es más sencillo ejercer un control centralizado por métodos totalitarios que democráticos». Como su contemporáneo Henri Michaux, Huxley se sometía a experimentos para no teorizar, para saber, en suma, de qué se está hablando. El invariable oportunismo de lo que plantea en cuanto a la política internacional y a política sobre drogas sigue siendo tan arriesgado, perspicaz y polémico como hace más de cinco décadas: «En teoría, los tranquilizantes sólo deberían ser provistos a personas que sufran de graves formas de neurosis o

psicosis. En la práctica, desafortunadamente, muchos doctores se han dejado llevar por las actuales modas farmacológicas y prescriben tranquilizantes a todo el mundo. Podría decirse que la historia de las modas médicas es por lo menos tan grotesca como la historia de las modas de los sombreros de mujer; al menos igual de grotesca y, ya que vidas humanas están en juego, bastante más trágica».

En el caso de las drogas, lo que es interesante en Huxley no es ver dónde arriesgó y acertó, como en *Un mundo feliz*. Lo que importa, en última instancia, son los discernimientos, sobre todo porque la trampa de lo aparente es que lo pronosticado se haya cumplido bajo otro aspecto, más radical, siniestro o benigno: «La causa de la ebriedad y de la adicción a las drogas se encuentra en la insatisfacción general con la realidad. Con más o menos frecuencia, y mayor o menor intensidad, hombres y mujeres se disgustan con el mundo en el que viven y con la personalidad que les brindaron la naturaleza y la crianza. (...) El único modo racional de abordar el problema de la droga y la bebida es, en primer lugar, hacer de la realidad algo tan decente que los seres humanos no estén constantemente deseando escapar de ella, y, en segundo término, cuando sea que sientan la imperiosa necesidad de tomarse unas vacaciones, proveerlos de un método fisiológicamente inofensivo de escape». La adicción como medio de control fue un tópico que sus admiradores William Burroughs y J. G. Ballard recogieron como un guante y forjaron carreras enteras explorando la materia.

## El oído y la vista

La música que escucha, el arte que ve, los libros que lee, las experiencias que supera. Eso es lo que Huxley busca infligir a su lector. Influidado por sus conversaciones con Roger Fry y casi involuntariamente, el autor de *La isla* se fue convirtiendo en uno de los críticos de arte más perceptivos y originales. Veamos este ejemplo,

sobre la Crucifixión que pintó el proverbial Pieter Brueghel: «Lo que él muestra es una multitud ascendiendo animadamente, con júbilo festivo, la pendiente de una colina. En la cima, que se ve a media distancia a la derecha, hay dos cruces con ladrones atados a ellas, y entre ellas un pequeño agujero en la tierra en la que pronto se plantará otra cruz. Alrededor de las cruces, en la cima pelada, se ve un círculo de personas que han venido hasta aquí con sus canastas de picnic para ser testigos del espectáculo gratuito ofrecido por los ministros de justicia. Aquellos que ya se han acomodado alrededor de las cruces son los prudentes; en la actualidad los veríamos con asientos plegables y termos, seis horas antes, primeros en la fila en Covent Garden para una velada de ópera. Los menos cautelosos o más venturosos se encuentran entre la gente que asciende la colina con el tercer y peor criminal, cuya cruz ocupará el sitio de honor entre los otros dos. En su ansiedad por no perderse nada del entretenimiento camino arriba, olvidan que tendrán que ocupar puntos alejados en el paraje de la ejecución. Pero puede ser, por supuesto, que hayan reservado sus lugares allí arriba».

No hay asunto que no sirva de excusa a Huxley para desplegar los perfiles desconocidos de una misma cuestión. Su crítica de arte fue elogiada por ensayistas de la talla de Adrian Stokes y Kenneth Clark. Evidencias de su talento no escasean: «El pintoresquismo es algo especialmente difícil de convertir en un buen cuadro. Para representar el pintoresquismo en términos pictóricos aceptables, uno debe ser un pintor con un don muy especial, con una digestión estética excepcionalmente definida. Los artistas que carecen de esta clase de proceso y de este don singular, cada vez que intenten realizar cuadros de algo pintoresco estarán abocados a lo estruendoso o lo sentimental... En Sacramento, California, había, y supongo que todavía está, un museo cuyo contenido ilustra de un modo ostensible esta incompatibilidad (excepto en la obra de algunos pocos pintores especialmente dotados) entre lo sublime en la naturaleza y lo sublime en el arte».

También la música le proporciona ocasiones de alto vuelo. En un extraordinario ensayo sobre Gesualdo, apunta lo siguiente: «Hemos tenido suficiente con los datos de la vida de nuestro compositor, hechos que confirman una vieja verdad, levemente inquietante: a saber, que entre la obra de un artista y su comportamiento personal no hay una correspondencia muy evidente. Uno se sorprende, cuando lee la historia de la música renacentista, por el buen gusto de los primeros gobernantes de Europa. Papas y emperadores, reyes, príncipes y cardenales: nunca cometen un error. Invariablemente, podría decirse que infaliblemente, eligen como maestros de capilla y compositores cortesanos a los hombres cuyas reputaciones han resistido el paso del tiempo y que ahora reconocemos como los músicos más dotados de su época. Librados a sí mismos, ¿qué clase de músicos elegirían nuestros monarcas y presidentes del siglo XX para patrocinar? Uno tiembla de solo pensarlo».

A raíz de una visita a la casa de su vecino Stravinski, escribe: «Sus ventanas son grandes, pero no demasiado. Reciben mucha luz, pero mantienen el exterior afuera, adonde pertenece, y hacen posible esa vida íntimamente privada que tantos arquitectos modernos parecen considerar moralmente censurable». En último lugar, podríamos bajar el telón —o elevarlo para dar la bienvenida al artífice de esta obra— con un comentario de Huxley sobre una velada dedicada a Brahms, que parecía presagiar nuestra tarea, es decir, lo que manos ajenas realizan con el legado de una obra al seleccionarla y reactualizarla: «Brahms es uno de esos autores que se ven mejor en antologías. Puedo imaginar un programa de sus obras cuidadosamente elegido por uno de sus enemigos y que sonaría tan espeluznante y desprovisto de vida que una audiencia encontraría muy arduo soportar una velada entera. Pero también puedo imaginar otro programa, elegido esta vez por un amigo de Brahms, que sería absolutamente grato, grande, bello. Los dos programas tendrían en común lo siguiente: ambos consistirían, en gran medida, en obras

de un enorme ingenio y sutileza intelectual. Pero las obras de la selección afectuosa estarían colmadas, más allá de estas cualidades, de vida; las otras carecerían de ella». Hay poco que agregar, excepto esta bella definición de Ian Hamilton, que se disculpará si recordamos que la cita era una de las armas capitales de Huxley: «Leemos *Un mundo feliz* para saber cómo podrían ser las cosas si no leyéramos *Un mundo feliz*». Ciertamente, sin *creérsela*, más de un ensayo de ese fenómeno natural llamado Aldous Huxley está capacitado para torcer el destino de un lector que nunca podría haberlo anticipado.

MATÍAS SERRA BRADFORD

# SOBRE EL ARTE DEL ENSAYO

## ¿Qué es un ensayo?

¿Cómo podríamos inaugurar esta serie de notas literarias de un modo más adecuado que con algunas reflexiones acerca del género en general, que con un artículo literario sobre los artículos literarios? El tema sugiere diversas consideraciones placenteras, morales y psicológicas; posee una historia y un acervo de raro y curioso interés: en una palabra, un tema perfecto para esa forma peculiar de literatura conocida como el ensayo literario.

Para el hombre de acción, dedicado a hacer dinero o guerras o el mal de una clase u otra, como también para el filósofo que habita los reinos de la pura abstracción, nuestras preocupaciones literarias le resultarán profundamente triviales e irrelevantes. No producen ganancias, no revelan nuevas caras de la verdad eterna. ¿Para qué sirve, entonces, la chismografía literaria? El hombre de negocios y el buscador de verdades, unidos en una alianza inesperada, nos confrontan con esta pregunta. ¿Para qué sirve todo eso?

Para qué, efectivamente. Hay muchas otras ocupaciones humanas para las cuales sería igual de arduo brindar una justificación moral y racional adecuada. Pero para nuestra comidilla literaria tenemos al menos esta justificación, no demasiado elevada, claro, pero de todos modos completamente satisfactoria: que ocupa y entretiene a la mente. La ocupación mental, la cómoda sensación de estar ocupados, esto es lo que siempre estamos rogando todos. El *ennui* es el terror que acecha. A cualquier precio debemos huir de la angustia de aburrirnos, debemos encontrar algo para llenar nuestro ocio. Pero, al mismo tiempo, no tenemos ninguna intención de cansarnos. La primera necesidad nos lanza hacia delante, hacia una aven-

tura espiritual, mientras la *vis inertiae* discreta y de autopreservación restringe nuestro ardor dentro de límites razonablemente triviales. De este modo, podemos dedicarle nuestro ocio a leer matemática compleja o filosofía; podemos ocupar nuestra mente intentando resolver problemas del universo. ¡Pero qué agonía la de intentar pensar de un modo abstracto, qué dolor el de la concentración mental prolongada! Nuestra vagancia reductora nos sale al cruce con consejos de moderación. Y por ende, al final, nos volcamos a coleccionar estampillas, a la bibliofilia, a la investigación anticuaria, a las curiosidades de la literatura. En ellas encontramos el antídoto al aburrimiento, la sensación de estar ocupados sin estar fatigados.

¿Qué ocupación es más placentera, cuál menos demandante, que la absorción de curiosa información literaria? Ocio, un paladar que sepa gozar y una memoria moderadamente eficiente es todo con lo que debemos contribuir. El pensamiento y la concentración son más bien innecesarios. Y hay, por lo demás, una satisfacción suplementaria: nuestra lectura no es meramente de entretenimiento; también es instructiva. Nos regocijamos de estar aprendiendo algo, simulamos estar inmersos en un estudio, trabajando furiosamente. Sí, trabajando en *La anatomía de la melancolía*, en las *Curiosidades de la literatura*, en las *Recreaciones literarias* de sir E. T. Cook. Trabajando, estudiando... Ya hemos descubierto cuál era el único referente clásico de lord Palmerston, qué nombre asumió Aquiles entre las mujeres, quién escribió la línea más llana en inglés, y miles de otros datos innecesarios, deliciosos.

Ha habido épocas enteras en las que este equivalente espiritual del coleccionismo de sellos era la principal forma de cultura. En los días cuando el maravilloso genio de Robert Burton estaba convirtiendo las sobras de la Biblioteca Bodleiana en un libro inmortal, no era al hombre que podía escribir la mejor épica, sino al estudioso que podía redactar las notas literarias más oscuras y extrañas a quien el mundo rendía homenaje. Salmasio tenía la reputación de ser el mayor genio de su tiempo porque había escrito un

comentario a la obra de Orosio, llena de información absurda tomada de todos los autores que habían vivido desde la invención de la escritura. Comparado con él, Milton, que había escrito uno o dos tratados sobre el divorcio, apenas sembrados de algunas citas, y un par de poemas en un pasable latín clásico, era un hombre de poca monta, un escolar impertinente. Para cualquiera con mente literaria, esos sí eran días felices. Se podía obtener una reputación en las ciencias o la filosofía con tan sólo entregarse al pasatiempo de ir a la caza de curiosidades en los libros del pasado. Ahora, desde que estos temas se han vuelto deplorablemente difíciles de comprender, el hombre literario se contenta con ser honestamente literario y nada más. Deja que otros lleven a cabo la ardua e ingrata tarea de desviar sus mentes hacia el pensamiento abstracto. Nuestra empresa y placer deberá ser, como el primo Pons, ir y venir por el rico y pequeño museo mental, comentando lúdica o respetuosamente las obras maestras, adornando viejas anécdotas, componiendo y recomponiendo los innumerables datos ínfimos que pueblan los estantes. Si representamos el papel del coleccionista con la suficiente paciencia y persistencia, terminaremos teniendo la reputación de hombres de saber. ¡Y qué reputación respetable para haberla obtenido con tanto goce! Para alcanzar la misma cima de prestigio, los hombres de ciencia habrán transpirado y gruñido como nosotros jamás lo habremos hecho.

Para deleitarse de verdad con curiosidades literarias uno debe tener un olfato y un paladar que detecten el suave sabor de ridiculez que acecha en la historia de los asuntos humanos. Además, uno debe aportar un gran respeto hacia el hecho en sí mismo. «Aquí cayó Nelson»; «la Reina Isabel pudo haber dormido en este lecho»: si estas afirmaciones no te mueven un pelo, si eres de esas personas que se interesan por los hechos sólo si prueban o refutan teorías, entonces nunca te convertirás en un buen hombre de letras. Cuanto más absurdo, trivial e inútil el dato, más delicadamente debe ser tratado. De esta materia están hechos los más finos ensayos literarios.

Los hechos en sí mismos, pequeños hechos sólidos que carecen de posibilidades de utilizarse con fines teóricos: ¿Qué pluma describirá o explicará su encanto? ¿O quién analizará esa rara emoción que palpita en cada corazón literario cuando se leen oraciones como la siguiente?

«Hacia 1676 o 1675, mientras atravesaba Newgate Street» (quien habla es John Aubrey, de encantadora memoria), «vi el busto de Dame Venetia Digby en un puesto de Golden Crosse, un local de braseros. Lo recordaba perfectamente, pero el fuego» (el Gran Fuego, que había destruido, entre otras cosas, el «imponente y suntuoso monumento» de Venetia, del que este busto era un pedazo rescatado) «había arrancado la doradura; lo noté con alguien que iba conmigo, y nunca más lo vi expuesto al público. Lo fundieron. ¡Cómo estas curiosidades se olvidarían, si no hubiera tipos ociosos como yo para tomar nota de ellas!»

(*Marginalia*, 20 de febrero de 1920)